

Noche de gatos

María Fernanda Maquieira

Ilustraciones de Lucía Marroquín



loqueleo

LILA



TASHA

KIRA



SIMÓN



OLGA



JATUL

HOMERO

El barco de los gatos

9

El viento golpeaba la ventana entreabierta. Lila abrió un ojo. Espantó una araña con la cola. Movi6 el bigote. El sonido de las piedritas la desvel6 del todo. Hacía frío. En el silencio de la noche, camin6 sigilosa hasta la cocina. Prob6 unos bocados. El comedero qued6 vacío.

El aire olía a salm6n y a humedad. Lila no sabía si subirse al sill6n, rascar la cortina o correr al rat6n de lana. Pero descart6 las tres opciones. Eran las cuatro de la madrugada y faltaba mucho para que amaneciera. Decidi6 seguir durmiendo. Parecía que iba a llover.

En eso, unos pasos que se arrastraban. Chic chic chic. Se encendi6 la luz del baño. Chic chic chic. Era Antonina y su pis de las cuatro de la madrugada. Chic chic chic (el andador necesitaba aceite).

—Lila, Lila, fsss, fssss... —oy6 Lila—. Michi, michi.

Lila corrió hasta Antonina, que salía del baño. Se frotó contra sus piernas, fue hasta el cuarto y le alcanzó las pantuflas de ogro.

—¿Ya comiste, querida? —le preguntó Antonina.

—Miaouu —Lila la estudiaba.

—Me voy a preparar el café —dijo Antonina.

Lila se trepó a una silla de la cocina. Miró por la ventana. Era noche oscura. Un murciélago bebé sobrevolaba el tejado. Buscaba a su mamá. Había unos relámpagos que parecían letras dibujadas en el cielo. Las hormigas andaban medio despistadas. Los pájaros ya estaban levantados. Iban de rama en rama por el jardín de Antonina. Lila los observó volar y suspiró dos veces. Tenía sueño.

—Pero si es la hora de la cena y yo en pijama. ¡Qué cabeza la mía! —rio Antonina. Y se puso a cocinar unos fideos.

Lila suspiró otra vez. Miró el reloj. Aún no eran las cinco.

—¿Querés atún, querida? —le ofreció Antonina. Y abrió una lata.

Lila lo olfateó. Comió un poco y dejó el resto.

Antonina saboreó los fideos con alegría. Se le hizo un bigote con salsa de tomate. Se veía chistosa

así. A Lila le encantaban sus pantuflas de ogro, el pijama floreado, los bigotes de salsa.

Eran las seis de la mañana, pero no empezaba a aclarar.

Antonina prendió la tele. Se sentó en el sillón y se quedó dormida. El señor del noticiero presentaba el pronóstico del tiempo, explicaba los atascos de la autopista del sur y hacía una broma acerca de un barco amarrado en los canales de Ámsterdam donde vivían cincuenta gatos refugiados. Lila se acurrucó delante de la estufa. Todo se oscureció más y se largó a llover.

A las siete sonó el despertador. Antonina se desperezó.

—¿Dormiste bien, querida? —le preguntó.

Lila se estiró, ronroneó, se frotó contra sus piernas.

El jardín estaba todo mojado. Había olor a lluvia y a albahaca fresca. Amanecía.

De pronto, el timbre.

Chic chic chic. Avanzó Antonina. Abrió la puerta.

Era el cartero. Traía un obsequio para ella. Lila se entusiasmó. Le gustaban los moños y el papel de regalo. Los globos no.

—Gracias, señor cartero —dijo Antonina.

El cartero la saludó, apurado. Al salir, tropezó con un hombre vestido de gris que pasaba por la calle Brugge, y se marchó en su bicicleta para continuar con el reparto.

El paquete del correo era enorme pero liviano. Tenía una tarjeta:

“Feliz cumple cien, nona Antonina”.

Era una caja azul.

Dentro de la caja había un barquito de madera.

En el barco, una abuela con pantuflas de ogro.

Y cincuenta gatos.

—Vamos a preparar torta, querida —propuso Antonina—. El viernes tendremos visitas. Porque cumplir cien años no es poca cosa.

Fueron a la cocina. Chic chic chic (el andador y su música). Lila se subió a la mesa para ayudar. Antonina metió las manos en la harina. Su pijama de flores parecía ahora pintado de nieve.

Mientras la torta se horneaba, Antonina salió al jardín, dio unos pasos con sus pantuflas de ogro y puso el barquito en un charco. Lila la seguía.

—Me voy a dar un paseo —dijo Antonina.

Lila la miró partir.

—Miaouuu —saludó con una mano en alto.

El barco de los gatos se alejó, lento.

